
La sociedad de la representación (La ciudad de México en la segunda mitad del siglo XVIII)

Eloísa Uribe

Fiesta, ritual, celebración, teatro, signos inequívocos de la vida del siglo XVIII novohispano, que ofrecen, además, la oportunidad de conocer cómo se entrelazaron, por un lado, una concepción del mundo que manipulaba lo emotivo como medio para cohesionar y reforzar unión e identidad; y por otro, un resultado de la reflexión intelectual que de intención fundó su oferta de futuro en operaciones lógicas; la reflexión de la razón humana como fundamento científico del conocimiento. En suma, acercarse a la vida cotidiana y al calendario de celebraciones de los habitantes de la ciudad de México, capital de la Nueva España, permite comprender que la vida de aquellos hombres se desarrolló desbordando los límites de los principios que, por tradición, se reconocen como propios del llamado "Siglo de las Luces".¹

La ciudad como espectáculo

Todo era entrar en la ciudad y empezar a recorrerla. Españoles, indios, mestizos, negros y mulatos, ricos y pobres, "circulaban por las calles de la ciudad entre grandiosos conventos e iglesias, imponentes edificios gubernamentales, suntuosos palacios y modestas... vecindades... A la muchedumbre plebeya de peatones, se sumaban la élite a caballo o en finos carruajes y los numerosos carros que transportaban

alimentos y materiales de construcción... los aguadores llevaban el agua de las fuentes públicas a las casas... los artesanos, carpinteros, pintores... obligados por la estrechez de sus locales se veían obligados a trabajar también [en las calles]".² A la Plaza Mayor se llegaba siguiendo el aumento de una algarabía multicolor, por calles mal empedradas y lodosas, transitadas sin cesar por vendedores ambulantes que anunciaban a gritos sus mercancías. Léperos, limosneros, mutilados y ciegos deambulaban sin reposo por la ciudad.³ Al llegar a la gran plaza enseguida podía verse que había sido remozada y llamaba la atención la monumentalidad de la Catedral en contraste con la Iglesia del Sagrario, joyel de lenguaje abigarrado, rico en imágenes y adornos.⁴ La Plaza Mayor estaba siempre abarrotada de puestos, algunos totalmente descubiertos, otros bajo los portales, que vendían dulces, juguetes, sarapes, rebozos, sombreros, flores naturales y de papel, ropa, limas, navajas, martillos, machetes y todo tipo de objetos viejos, a menudo robados.. Bajo el portal de las Flores, los escribanos públicos redactaban cartas o peticiones de licencias.⁵

En la ciudad capital llamaban la atención las grandes mansiones de la gente adinerada, de los nobles. Junto con los edificios públicos, las iglesias y conventos constituían la riqueza arquitectónica de que se vanagloriaban los

ciudadinos y que admiraban los visitantes. Por lo general, la mayoría de los dueños de estas mansiones eran ricos hacendados y pudientes mineros, visitantes temporaleros de sus propiedades pero radicados en la ciudad, desde donde controlaban con eficacia el crecimiento de sus riquezas.⁶ La vida en la capital propiciaba el contacto entre familias, dando lugar al cumplimiento de los rituales que mantenían la continuidad de su identidad como grupo: misas de gallo, tertulias, bailes, comilonas y reuniones de salón, donde, entre el frufrú de las sedas y el vuelo de los abanicos tejían las alianzas matrimoniales y la diversificación de las inversiones.

Entre la zona donde se ubicaban estos fastuosos edificios y los alrededores de la ciudad se daba un gran contraste. En sus límites, donde empezaba a deshilacharse el urdido tapete de la traza, se congregaba la población indígena. En sus barrios predominaba el jacal de adobe con una sola pieza. Ahí la ciudad hacía caso omiso del decoro, y las calles, las plazas y los mercados florecían sin planeación.⁷ "Hasta 2000 indios no residentes entraban diariamente a la ciudad para realizar sus negocios y gozar de placeres. La plazuela del Volador era el lugar favorito de reunión de los campesinos indígenas, muchos de los cuales se embriagaban".⁸ Costumbre adquirida después de ser conquistados, cuando también aprendieron a participar de las procesiones y de los carnavales, de los que más tarde serían separados.

Otros grupos sociales que no pertenecían ni a la élite ni a los pueblos de indios, habitaron las zonas cercanas a la periferia. "Detrás de los hermosos palacios de rojo tezontle y gris piedra chiluca fueron apareciendo las casas de la gente de medio pasar... las accesorias y vecindades [de los] artesanos, empleados, pequeños mercaderes, jornaleros y los numerosos pobres que hacían de la limosna su oficio".⁹

En la ciudad, también ahí donde se diluía la traza, en los barrios, "no faltaban nunca... multitud de pequeños espectáculos callejeros del agrado del pueblo: maromas, títeres, [exhibición] de animales exóticos, fuegos ilíricos, mujeres y niños deformes, máquinas de hom-

bre invisible..."¹⁰ Diversiones todas, que debían contar con la aprobación del ayuntamiento, que las limitaba sólo por temor a los excesos. Así, en la calle, en las plazas, donde la vida ciudadana era el espectáculo por excelencia, la representación jerarquizaba papeles principales y de comparsa, bien como drama, bien como comedia.

Baste un ejemplo para mostrar este "espíritu teatral" de la sociedad novohispana del siglo XVIII:

El día 16 de noviembre de 1792 [que] en la iglesia de las madres de Balvanera, estando haciendo oración a el santísimo, se cayó muerto el capitán de milicias don Manuel Esteban Sánchez de Tagle. Este era caballero del hábito de Santiago. El día 17 fue el entierro de secreto en el convento del... y el día 18 fue el entierro en público con un muñeco vestido con todas las insignias correspondientes a un caballero del hábito de Santiago y caballero...¹¹

Porque para la sociedad novohispana del siglo XVIII, no bastaba con ser lo que se era, aun después de la muerte, había que representarlo.

Ilusión histórica y mundo ilustrado

Después de esta fugaz visión del escenario y de la actuación de los novohispanos de la segunda mitad del siglo XVIII, me atrevo a preguntarme: ¿cómo podemos conciliar estas imágenes con la visión racionalista del siglo XVIII? ¿Qué correspondencia hay entre este desbordamiento —que podríamos llamar lúdico— de la existencia con la supuesta imagen racional del "Siglo de las Luces"? ¿Qué correspondencia entre el predominio de la razón humana y los juegos de la representación? ¿Acaso el racionalismo francés logró imponerse de la noche a la mañana, y destruir toda otra forma de entender el mundo que no fuera trazada por la razón? Donde, a decir de los críticos, todo exceso quedaba eliminado.

Sin duda una vez más estamos ante una interpretación simplista y limitante de los hechos históricos, que se han reducido a relaciones esquematizantes que no abarcan las particularidades propias de desarrollos locales alejados de los centros donde se originan los movimientos culturales de largo alcance. Aún es reduccionista la visión que se ha difundido acerca del origen y desarrollo de la Ilustración que tiene lugar en Francia cuando aparecen los racionalistas —que después serán llamados enciclopedistas— y que ha sido visto como unitario y abarcante de toda esfera vital, olvidando sus fragmentaciones, la contaminación que recibió de otras formas de pensamiento, e inclusive la división de ideas, intenciones y finalidades vitales existente entre los propios enciclopedistas.¹² A decir de Pierre Francastel al siglo XVIII lo hemos conocido "...a través de su sucesor, el XIX... [y] Los juicios afectivos, por llamarles de algún modo, que no han dejado de lanzarse sobre él, aún no han dejado el lugar a una apreciación histórica."¹³ Sin duda, la traslación hacia el pasado que los ciudadanos del siglo XIX hicieron de sus ideales y conflictos contribuyó a la formación de esta visión limitada. Ellos, constituidos en sociedad de acuerdo a los principios del liberalismo, interpretaron y recogieron el movimiento ilustrado y el pasado grecorromano como partes contributivas de un antecedente prestigioso y legitimador. Por lo tanto, toda forma de vida o de pensamiento que desbordara los límites de la razón quedó reducida a mero caso singular, insólito, a su parecer carente de continuidad histórica y por lo tanto de significación o importancia. Porque la persistencia de los ideales cristianos de vida, de las costumbres populares y de una sensibilidad "barroca"; la aparición del pensamiento romántico y el rescate de viejas tradiciones como el hermetismo, son también aspectos propios del siglo XVIII que no permiten, sin más, reconocerlo como al siglo de la razón.

Si las ideas ilustradas siguieron un sin fin de caminos al interior del propio movimiento racionalista, mayores fueron sus cambios cuando abandonaron el campo de la mera intelectualidad para volverse instrumentos de acción

práctica sobre la sociedad y, más aún, cuando fueron importadas por otros países más allá de Francia y aplicadas a otros desarrollos sociales. Tales fueron los casos de España y el de Nueva España, donde la recepción del movimiento presentó marcados contrastes. Para la sociedad novohispana el contacto con este mundo de la Ilustración llega a través de las llamadas Reformas Borbónicas, cuya historia empieza con el ascenso de la Casa de Borbón al trono de España a principios del siglo XVIII, en 1713. Estas reformas "marcan para la metrópoli y sus colonias un cambio prácticamente en todos sus niveles".¹⁴ Los gobernantes españoles no tardan en apropiarse del ideal fundamental de la Ilustración: la "confianza en la razón, en la ciencia y en el progreso humano y una tendencia hacia la secularización de la vida y a la disminución de la importancia de la religión".¹⁵ Pero esta apropiación habría de encontrar pronto sus límites en las tradiciones de una sociedad religiosa, formada por súbditos divididos en estamentos y regida por una política dominada por la figura del soberano.

La vida novohispana lindero ultramarino de las ideas ilustradas

El siglo XVIII español, y el novohispano, se conocerán mejor si el acercamiento histórico desborda la narración que recoge sólo la difusión y aplicación de los ideales ilustrados, en este caso encarnados en las Reformas Borbónicas. Se hace necesaria la reconstrucción de las historias particulares para saber cuándo una disposición implantada despóticamente, cambió el curso de los acontecimientos y cuándo, a pesar de la aparente imposición, sólo confirmó o dio curso a las demandas y soluciones gestadas en el interior de la sociedad. La ejecución de las reformas, tanto para toda la colonia como para la ciudad capital fue encomendada a los virreyes "destacando las actuaciones de Francisco de Croix, Antonio María de Bucareli, Martín de Mayorga, Bernardo de Gálvez y Juan Vicente de Güemes, segundo conde de Revillagigedo. Muchos de ellos, aunque eran

liberales ilustrados, estaban conscientes de que las disposiciones de la corona española eran ajenas y contrarias a la realidad colonial¹⁶. Para la Nueva España se inicia una deliberada política reformista con la llegada del visitador don José de Gálvez (1765), quien se dio cuenta de que la corona debía enfrentar y limitar por medio de las reformas la fuerza que el virreinato había adquirido como una entidad política, económica y socialmente autónoma, a pesar de su dependencia de la metrópoli.¹⁷

Sin duda, otros cambios que fueron introducidos en la sociedad novohispana se debieron a la actuación de los jesuitas, que a decir de Octavio Paz, rescataron las tradiciones de los heréticos y su búsqueda de un imperio universal; fruto de estas ideas, los hizo peligrosos a la corona que los expulsa de sus territorios en 1767.¹⁸ La cercanía que los jesuitas tuvieron con los indígenas, su insistencia en enseñarles la fe cristiana en su propio idioma a pesar de la prohibición por parte del rey y su notable labor como educadores de la élite novohispana acrecentó su peligrosidad ante el soberano.¹⁹

Un mejor entendimiento de la segunda mitad del siglo XVIII, lo da asumirla como periodo de transición: se adoptan nuevos comportamientos que conviven con los anteriores y las nuevas iniciativas están imbuidas de valoraciones antiguas cuyas raíces se unden en formas barrocas de vida. Entre ellas, quizá una de las formas más arraigadas en la sociedad novohispana es la utilización de la representación como vía eficaz para otorgar legitimidad, para dar sentido y, finalmente, hacer necesaria y valiosa una conducta en sociedad, ya sea religiosa, política o cultural. Sin duda, en este siglo de transición, la representación va asumiendo nuevas vías en la medida en que los gobernantes ilustrados imponen sus formas de valorar la vida.

La sociedad de la representación

Intento esbozar una explicación de las conductas sociales de los novohispanos de la se-

gunda mitad del siglo XVIII, más allá de las imposiciones borbónicas, al plantear que su sociedad vivió, creció y afianzó su poder a través de la representación.²⁰

Para Valeriano Real uno de los sentidos de la representación —el más completo y complejo— es aquel que responde a la pregunta que se interroga por los aportes de la representación al conocimiento de las cosas.²¹ Pregunta que va más allá de lo que puede responderse en términos biológicos o psicológicos, aunque queden implicados en ella, pues no podría suponerse este sentido más complejo de la representación sin la implicación de su existencia.²²

En este sentido la representación o el representar consiste en aislar un hecho o situación de la realidad que discurre ante todos, confiéndole un nuevo ritmo que se asume intersubjetivamente. Esta intersubjetividad implica siempre en Bozal un sujeto que actúa y la necesidad del consenso social.²³ Estamos entonces ante una sociedad que exalta, exhibe o pone de relieve parte de una realidad cotidiana, que se aísla por medio de la alteración del espacio y del tiempo cotidianos, con lo cual confiere valor a lo que muestra y por medio de la valoración lo inserta de nuevo en la vida diaria. Es decir, un hecho se aísla trastocando su ritmo, medio por el que se le otorga un valor por encima de los hechos de la vida cotidiana y una vez así calificado o mostrado confiere sentido a esa vida de la que provino.²⁴

Y continúa Valeriano Bozal diciendo que es por esta alteración de espacialidad y temporalidad creada por la introducción de un ritmo, que el hecho o el objeto se enfatizan y adquieren un significado convirtiéndose así en figuras, las cuales sólo pueden pensarse en un campo articulado de las mismas, en el cual se confieren sentido unas a las otras.²⁵ Por tanto, *representar* implica *articular* y así *producir figuras significativas*. O bien, quiere decir *organizar el mundo fáctico en figuras*, cuyo nivel más elemental *implica la organización* (o reorganización) del *espacio temporal*, como condición indispensable de cualquier articulación más compleja. Ello quiere decir que *espacio y tiempo, lejos de ser meros datos o medios para*

crear figuras, por sí mismos se organizan como tales.²⁶

Una serie de celebraciones que fueron características del mundo colonial y que continuaron practicándose a lo largo del siglo XVIII, confirieron sin duda sentido a la vida diaria a través de la representación, es decir, de la trastocación de los usos cotidianos del espacio y del tiempo urbanos. Es el caso de la transformación de calles y plazas durante el desarrollo de las fiestas públicas: la entrada de los virreyes, la celebración de la coronación de los monarcas españoles, las procesiones, los paseos, los carnavales.

Ahora bien, en opinión de Valeriano Bozal, *una comunidad de representación* está tramada por un horizonte de figuras, en el que cada una alcanza su sentido. Este horizonte (o conjunto) es propio de una sensibilidad y se define por ella, y se entiende por sensibilidad una sensación educada, equiparable a la categoría pensada y enseñada por los filósofos del siglo XVIII cuando hablaron de gusto y delicadeza del gusto. Pero más allá de lo que ellos pensaron Bozal opina, hoy día, que al paso del tiempo siempre hay una educación de las sensaciones que extralimita la enseñanza estética y escolarizada, una educación inconsciente que forma la sensibilidad y que implica una selección de objetos, hechos o fenómenos que afectan a quien los capta o contempla.²⁷

Para las fiestas públicas se creaba una arquitectura de carácter efímero, que tenía por objeto, transformar el espacio en espacio festivo: arcos, puertas, telones de representación, túmulos, cortinajes, toda la tramoya del teatro —que era por cierto una de las diversiones favoritas—. La simple salida de la gente a la calle y a los balcones engalanados con elaborados tejidos era el principio de la subversión del espacio diario, que cobraba las dimensiones de la ilusión y que por obra de la capacidad creadora —de arquitectos y artesanos— se transformaba en arquitectura pasajera y a la vez simbólica de una riqueza permanente o bien de una bonanza por venir.

Con ocasión de las celebraciones por la jura de Carlos IV, se hizo uso de ese recurso teatral

que era la arquitectura efímera. En aquella ocasión, el 27 de diciembre de 1789, estuvo iluminada la ciudad por la noche, y las dos siguientes también. Hubo castillos de fuego, y baile. El virrey mandó que en todas las oficinas se pusieran perspectivas y doseles con los retratos del rey y de la reina.²⁸ Revillagigedo ordenó al arquitecto Ignacio Castera que hiciera una perspectiva que cubriera las casas del ayuntamiento, donde la celebración culminaría en un baile. El proyecto escenográfico de Castera se sobrepuso a la fachada original del Ayuntamiento y así, siguiendo lo que era una costumbre, el edificio se disfrazó provisionalmente para engrandecerlo con motivo de aquel acto solemne.²⁹ El telón de proclamación, como se llamaba a estos artificios, representaba el frente de un edificio de corte clásico, con pilastrones en el piso inferior, y columnas pareadas en el segundo. Al centro, el pórtico sobresalía y estaba rematado por un frontón. Más arriba se encontraba un conjunto o grupo escultórico, al parecer de Apolo en su carro de fuego. Una serie de elementos decorativos aludían a la Historia de España y a la de Nueva España, adornando la escenografía que albergaba los retratos del rey y de la reina.

Vale la pena mencionar que los dos personajes que flanqueaban la entrada fingida, donde anidaba un árbol genealógico (quizá de la dinastía de los Borbones), representaban, uno, al segundo conde de Revillagigedo y el otro a Fernando Cortés. En el lenguaje visual, virrey y conquistador compartían una misma jerarquía, por tanto la escenografía mostraba un parangón formal de ambos personajes. Tal vez lo que llevó a Revillagigedo a querer equipararse con la figura admirada de Cortés fue la condición de éste como conquistador, como primer legislador de estas tierras y quizá, también, su admiración a su espíritu aventurero. Lo que sí es claro es que, a través del elocuente discurso del artificio formal, pudo sintetizar un tiempo y un espacio que al ser trastocados le permitían dialogar al "tú por tú" con quien consideraba digno de comparación.³⁰

De acuerdo con las acertadas observaciones de Claudio Esteva Fabregat acerca de este

asunto relativo a las celebraciones y los rituales, es necesario distinguir "...dos formas de manifestación, una calendárica, es decir, asociada con la celebración cíclica de festivales convencionales que generalmente son de carácter anual, y otra, crítica, aparentemente relacionada con el tratamiento de experiencias dramáticas..."³¹ Las celebraciones, además, liberan a los individuos en sociedad de los estados de ansiedad.³² Con seguridad, esta ansiedad es provocada por el miedo, la inseguridad o la inestabilidad que se originan por la presencia de disturbios naturales, el acoso de enfermedades, la persistencia de conflictos armados o cualquier evento que rebase la posibilidad de acción de los súbditos y, sobre todo, la capacidad de explicación y decisión de sus autoridades. Aquí cabe mencionar, a manera de ejemplo, la procesión que se organizó en honor de la virgen de los Remedios. El día 5 de julio "...se publicó el bando para la venida de Nuestra Señora de los Remedios por el buen séquito [sic] de la guerra con los franceses".³³ La virgen fue llevada en procesión con gran despliegue de lujo y riqueza, pues los habitantes de la ciudad estaban convencidos de que estas prácticas ayudarían a terminar con la guerra que España estaba librando con Francia. En el fondo, la manifestación colectiva apaciguaba sus temores.

Para esta sociedad de representación, por encima de cualquier discurso verbal cobraba fuerza el artificio de las figuras y de las formas; mostrar y mostrarse era equivalente a demostrar la fuerza, el poder, la justicia, la riqueza. Por ejemplo, no en valde la entrada de los virreyes a la ciudad capital constituyó, a decir de Octavio Paz, un rito, a través del que "...se realizaba simbólicamente una doble función: la del señor con sus vasallos y la del pueblo consigo mismo... La ceremonia política era una verdadera fiesta... un acto colectivo a través del cual los símbolos encarnaban y se volvían palpables... La última etapa de la entrada de los virreyes estaba regida por un elaborado y complejo ritual en el que intervenían todos los elementos sociales... La entrada en la ciudad se hacía bajo palio. La ceremonia del palio

poseía una precisa significación política... era un atributo de soberanía de los virreyes".³⁴

La llegada a la ciudad de don Juan Vicente Güemes Pacheco, segundo conde de Revillagigedo, además de deslumbrar por el boato y la pompa desplegados, se vinculó con otros hechos que resultaron sorprendentes para la población. Entre ellos, es interesante aquel que, según los relatos, tuvo lugar apenas a ocho días de haber tomado posesión de su cargo, cuando once personas amanecieron muertas en el interior de una casa que fue robada.³⁵ Mucho debe haber impresionado a sus súbditos la energía con que resolvió aquel crimen cometido en la casa del comerciante Joaquín Dongo, ya que a pesar de ser españoles los tres asesinos fueron condenados a muerte de garrote y, una vez cumplida la sentencia, les fueron cortadas las manos, que por mandato suyo, fueron exhibidas públicamente en lugares relacionados con la fechoría.³⁶ Terrible espectáculo sin duda, pero más que un discurso, la elocuente imagen transmitía un claro mensaje. De nuevo puede decirse que no bastaba con impartir justicia, sino que hacía falta que públicamente, de manera intersubjetiva, todos la hicieran suya: para satisfacción o para escarmiento.

De la misma manera, los rituales de la Santa Inquisición cumplieron con su cometido, al instruir a la población sobre la conveniencia de un buen comportamiento y la suerte que corría quien se atrevía a salirse de lo establecido por la Santa Madre Iglesia. El mismo papel, sólo que relacionado con el poder civil, cumplió la picota, que también constituyó un espectáculo lamentable a la vez que un efectivo discurso visual. Y sin cubrir los requisitos de una celebración o de una representación, la fila de reos que eran trasladados de un lugar a otro de la ciudad o fuera de ella, era un "ritual cotidiano", una "puesta en escena" que también causaba admiración y que era observada por los súbditos con curiosidad y temor por lo que la visión tenía de desgraciada y a la vez de aleccionadora.

Otras formas de expresar el poder encontraron un lenguaje adecuado en prácticas usuales

o rituales cotidianos —ya que no fueron ni celebraciones, ni fiestas— pero no por ello menos sorprendentes y efectivos. La edificación de casas o palacios significó prestigio, abundancia y destacada posición social. Antiguas construcciones fueron derribadas para dar paso a suntuosas mansiones que los arquitectos de la ciudad de México elaboraron de acuerdo al lenguaje formal que habían aprendido. Entre ellos, Manuel Tolsá fue considerado como de los mejores y su éxito dependió, más allá del reconocimiento que se le otorgó como académico, de la efectividad de su lenguaje plástico, con el que respondió a las necesidades de la sociedad novohispana. El abarrocamiento de su lenguaje le permitió satisfacer a los miembros de una sociedad cuyas relaciones de prestigio se fundamentaron en el lucimiento de los bienes y las pertenencias, desde la hacienda, hasta los esclavos, pasando por las obras de caridad, la plata y las joyas. Sus dotes para embellecer por medio del ornamento y su capacidad para crear espacios magníficos, enriquecidos por el juego visual de la luz y la sombra, lo permitieron para crear los escenarios perfectos de aquella sociedad de “representaciones”, de significativas apariencias. “Tolsá no inventa ningún elemento nuevo, pero sí se permite recorrer las ganancias del manejo espacial y ornamental de la arquitectura italiana barroca del siglo XVII”.³⁷ Y a nivel personal se permite transformar una nostalgia gozosa en arquitectura.

La asistencia a lugares públicos de reunión —paseos, plazas, jardines, iglesias y las propias calles en ocasión de las procesiones— permitió pasear, ante la mirada de la sociedad, el lenguaje simbólico del atuendo, de la joyería, de los carruajes y hasta de la posesión de hermosos caballos. En aquellos paseos, cada miembro de la sociedad podía mostrar la riqueza que le pertenecía, sin importar el volumen del monto. Únicamente los desheredados eran mal vistos en los lugares públicos.³⁸

Para la élite citadina, con título nobiliario o sin él, fue de vital importancia mantener la pureza de sangre. Esto le permitía participar de privilegios que les eran negados a otros sec-

tores. La demostración pública de dichas características se logró por medio del lucimiento público de los símbolos de prestigio propios de su rango. De ahí la importancia de las procesiones y de los paseos. Aun las autoridades civiles y eclesiásticas venidas de España compartieron esta necesidad de lucimiento de símbolos de prestigio reconocibles. “Tal era la función que les tocaba representar a los esclavos domésticos... símbolos de *status*, extraídos de la actividad productiva para exteriorizar la honra... Los negros escoltaban a sus amos en las grandes solemnidades. Estos esclavos ricamente ataviados y a las veces armados, eran un espectáculo en las procesiones de *Corpus* donde los vecinos más prominentes se disputaban las precedencias en el cortejo”.³⁹ Hacia fines del siglo XVIII los esclavos negros eran raros, pero no habían dejado de existir, ni la esclavitud había sido abolida.⁴⁰

Se reglamentó tanto sobre la vestimenta de las mujeres como sobre la de los hombres, por ser el atuendo un signo distintivo de su rango. A decir de Lucas Alamán, todos aquellos que adquirían fortuna “pretendían pasar por españoles y nobles [y se les] distinguía del resto de la población por su traje, estando más o menos bien vestidos los individuos que... formaban [esa clase], cuando el pueblo no lo estaba, se conocía con el nombre de ‘gente decente’ y esto, más que el nacimiento, era el carácter distintivo con que se le designaba”.⁴¹ De ahí que la mujer debía vestir con honestidad y de acuerdo a la nobleza de su familia, pues si su ropa la hacía verse como prostituta, al igual que aquella que vestía traje masculino, perdía sus derechos.⁴²

La necesidad de ostentación hizo que este grupo de gente adinerada adoptara una forma suntuosa de vestir. La división por grupos étnicos y por actividades de trabajo definieron la forma del atavío. Entre los clérigos fue necesaria la autorización del Papa cuando se quiso incluir algún cambio en la vestimenta sacerdotal, que era rica en extremo. Los militares, los universitarios y los colegiales tenían reglamentados sus uniformes y trajes de acuerdo a su rango o escuela. Y en el caso de los dos

primeros, debían cumplir con las reglas que estipulaban su arreglo en las ceremonias. Cada convento estableció el hábito de los monjes o monjas y no podían repetirse a menos que los uniera algún vínculo religioso. El lujo se dio aun al interior de los conventos. Los colores pálidos, los bordados, el oro y la plata fueron llevados tanto por hombres como por mujeres, “los galones, encajes y telas de Milán, lana de Nápoles, listones de Francia y sedas de China [fueron] usados en esa época en la confección de los trajes de lujo novoespañoles”.⁴³

Todo espectáculo que rompiera la rutina fue bienvenido por la sociedad colonial, acostumbrada a la instrucción visual que a diario recibía como aceptación natural de una jerarquía. Instrucción o experiencia cotidiana que se complementaba con ruidos, olores y sabores propios de cada rango, de la manera de vivir y trabajar según el oficio o la posición en la escala social. Las diversiones, los entretenimientos, también tenían su orden de rango, pero sin duda en las grandes celebraciones, por instantes, los súbditos se unificaban bajo una intención o interpretación única que tenía que ver con el reconocimiento del poder del soberano y con el de la Iglesia como mediadora ante lo infinito, ante el mundo desconocido del “más allá”.

El interés y atractivo por los seres monstruosos o simplemente diferentes, fue común a fines del siglo XVIII y aun durante el siglo XIX. Tanto los animales como los hombres deformes representaban para las mentes científicas un ejemplo de la excepción, del lugar irreductible adonde la regla no podía llegar. Adonde el orden de aquello que siempre era y debía ser igual, encontraba sus límites debido a factores desconocidos. Para otros constituía tan sólo una diversión pasajera que rompía su rutina, ya fuera por la risa, hija del escarnio, o por el miedo y el asombro ante la contemplación de lo inimaginable hecho realidad. En la ciudad aparecieron también “los charlatanes científicos... Tanto Alzate como Díaz de Gamarra los denunciaron con vehemencia”.⁴⁴ Pero junto a éstos, aparecieron otros que tuvieron la habilidad de hacer un espectáculo de las artes mecánicas.

En las celebraciones, el monstruo tuvo un papel preponderante, como bien explica Julio Bracho: “Si en la procesión se integran todos los cuerpos y estamentos de la ciudad en una sociedad donde lo contrapuesto surge como razonamiento cotidiano esto adquiere su significado gracias al complemento que salta a la vista en el cuerpo deforme del monstruo, que gira, que salta o se desliza entre todos los rangos; es parte que revela lo efímero de las investiduras y de la realidad en sí, recuerda el desorden y lo demoníaco”.⁴⁵

Fin de fiesta

Para terminar quiero hacer énfasis en el hecho de que, si bien los gobernantes ilustrados y sus intelectuales se las ingeniaron para crear una serie de proyectos que transformarían la vida de los súbditos con el fin inmediato de mejorar la situación económica, debieron, a pesar de su gran habilidad, echar mano de las tradiciones y costumbres existentes en relación al reconocimiento y reproducción del orden establecido que tenía como eje el poder ilimitado del soberano. No pudieron más que negociar con aquellas propuestas sensibles, eficaces formas sociales de cohesión y estabilidad. Al proyecto fundamentado en la reflexión racional se enfrentó la vida organizada a partir de las experiencias que dialogan con los mecanismos de la sensibilidad, de la memoria emotiva. Ante una sociedad de súbditos identificados con el orden impuesto desde la corona y la tradición religiosa, ¿qué podía esperarse de una imposición intelectualizada sino el fracaso? Únicamente los grandes impactos podían sellar y resellar la idea de un orden establecido, las imágenes en que se apoyaban los principios sustentantes de la promesa de futuro, de la seguridad de continuidad. Las fiestas, las celebraciones y los rituales fueron sin duda conjuros inequívocos contra la amenaza de la muerte en sus múltiples apariencias, pero fueron también permisible ruptura de lo establecido, del orden y de la concordancia limitante durante los carnavales a los que cada poblado concu-

ría portando "...la máscara, que esconde la identidad de las personas, ...símbolo de la representación del sujeto por el objeto. Lo clandestino del enmascarado se torna algo opuesto a la visible figura que asume el poder político real... De los rostros, que son objeto de identidad y distinción, sin los cuales las relaciones sociales [de un mundo de súbditos] se difuminarían, el del virrey será tan atractivo como temido pues él guarda por excelencia el derecho de muerte; aunque limitado expresamente por el rey..."⁴⁶

No puede negarse que el cambio en las costumbres y en los rituales habría de darse en la medida en que la organización social dejara de

sustentarse en los supuestos originados desde la relación soberano-súbditos, la presencia trascendental de la Iglesia como mediadora y la división por estamentos y oficios; aunado al saber y a la voluntad de un pequeño grupo de intrépidos transformadores: los ilustradores de la segunda mitad del siglo XVIII. Época que enfrenta al historiador con una forma de cohesión social marcada por la interacción que se da entre la impronta del espectáculo sensible y los mecanismos de la memoria emotiva que cumplen con su cometido en un intercambio revestido de ilusión y artificio, que va de lo personal a lo comunitario-público y de regreso, en un intento por trastocar los límites de la muerte.

Notas

¹ A partir de los años sesenta se da un interés por estudiar el siglo XVIII, sobre todo para desentrañar la supuesta univocidad del Movimiento Ilustrado que llevó a los historiadores a llamar al XVIII, "el siglo de la razón". Desde distintos ángulos de la política, la economía, las costumbres, las producciones intelectuales o artísticas, los historiadores intentan una relectura de aquel mundo que parecía no tener más explicación que el surgimiento de la Ilustración y sus consecuencias.

² Juan Pedro Viqueira, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, pp. 133 y 134. Estos datos sobre la ciudad y los siguientes han sido tomados de este estudio.

³ Viqueira, *op. cit.*, pp. 132 a 138. Descripción de la ciudad y sus habitantes.

⁴ "Zócalo", en Rogelio Álvarez, *Enciclopedia de México*, t. 12, p. 581.

⁵ Viqueira, *op. cit.*, p. 135.

⁶ John E. Kicza, *Empresarios coloniales. Familias y negocios en la ciudad de México durante los Borbones*, pp. 31, 33 y 35.

⁷ Felipe Castro Gutiérrez, *La extinción de la artesanía gremial*, p. 18.

⁸ William B. Taylor, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, p. 63.

⁹ Castro Gutiérrez, *op. cit.*, p. 17.

¹⁰ Viqueira, *op. cit.*, pp. 219 y 222.

¹¹ José Gómez, *Diario curioso y cuaderno de las cosas memorables en México durante el gobierno de Revillagigedo (1789-1794)*, p. 63.

¹² Paul Hazard, *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, pp. 274 y 275. Consúltese para conocer las diferencias al interior del Movimiento de la Ilustración y las causas que las originaron.

¹³ Pierre Francastel, "La estética de las Luces", en *Arte, arquitectura y estética en el siglo XVIII*, p. 15.

¹⁴ Sonia Lombardo de Ruiz, "Las Reformas Borbónicas y su influencia en el arte de la Nueva España", en *Historia del arte mexicano*, f. 61, p. 19.

¹⁵ Dorothy Tanck de Estrada, *La Ilustración y la educación en la Nueva España*, pp. 11 y 12.

¹⁶ Lombardo de Ruiz, *op. cit.*, f. 61, p. 19.

¹⁷ D.A. Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, pp. 48 a 118. Los acontecimientos relacionados con Gálvez se tomaron de este estudio.

¹⁸ Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, p. 62. Para ampliar esta visión léase el capítulo 3 "Sincretismo e Imperio".

¹⁹ Para este trabajo pueden tomarse como fechas límites: la venida del visitador José de Gálvez en 1765 o bien la expulsión de los jesuitas en 1767. Como fecha límite 1823 fin del Imperio de Iturbide, el cual culturalmente está relacionado con las vivencias sociales del siglo XVIII.

²⁰ Para conocer distintas formas de representación consúltese de José María Díez Borque (comp.), *Teatro y fiesta en el Barroco*. En especial el capítulo escrito por Claudio Esteva Fabregat, "Dramatización y ritual de la fiesta en Hispanoamérica", pp. 137 a 152.

²¹ Valeriano Bozal, *Mímesis: las imágenes y las cosas*, de su capítulo "Representación y sujeto", pp. 19 y 20.

²² Bozal, *op. cit.*, p. 20.

²³ *Ibid.*, pp. 20 a 23.

²⁴ Hechos iguales o algún aspecto de la vida social de entre los que se consideran como iguales; que se separa de la rutina de la vida diaria. Sobre este asunto léase de Jean Sarrailh el capítulo "El peso de la rutina", de su libro *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, pp. 37 a 54.

²⁵ Bozal, *op. cit.*; se ha hecho un resumen de algunas ideas de Bozal contenidas en las páginas 21 a la 23. Dado que no se conserva la redacción original (aunque se respeta el contenido), no se entrecomillaron los enunciados, pero son obra de este autor.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Ibid.*, se ha hecho un resumen de algunas ideas de Bozal contenidas en las páginas 25 y 26. Dado que no se conserva la redacción original (aunque se respeta el contenido), no se entrecomillaron los enunciados, pero son obra de este autor. Como ejemplo de los conceptos expresados por Bozal pueden tomarse las providencias que fueron creadas para legislar sobre la vida de los indígenas que tienen en lo profundo, además de otras implicaciones, una connotación que se vincula con el agrado y el desagrado que se origina en los comportamientos que sustentan la identidad de un grupo. En la Nueva España, los despotas ilustrados, sus intelectuales y su burocracia debieron tomar en cuenta, muy a su pesar, la existencia de la población indígena, cuya concepción de la vida, sus costumbres, diversiones, lenguaje... les fueron del todo ajenos. De ahí que sus medidas, además de controlar, implicaran en reiteradas ocasiones la destrucción de las formas de vida de los indígenas, que entrañaban lo desagradable de un mundo distinto, el peligro de la otredad que no puede predecirse, de lo desconocido. Para conocer algunos ejemplos concretos léase de Eloisa Uribe, *Tolsá hombre de la Ilustración*, pp. 43 y 44.

²⁸ Gómez, *op. cit.*, p. 10. Para obtener mayor información léase de Guillermo Tovar y de Teresa, "Arquitectura efímera y fiestas reales. La Jura de Carlos IV en la ciudad de México 1789", en *Artes de México*, Nueva Época, pp. 34 a 47.

²⁹ Israel Katzman, *Arquitectura del siglo XIX en México*, p. 272.

³⁰ Otras referencias relativas a la persona de Cortés, dejan ver la vigencia de su figura más allá de las preferencias personales que puedan justificar las acciones del virrey. Viqueira, *op. cit.*, p. 119. El autor registra que las tres fiestas más importantes de la ciudad, de mayor a menor, eran la procesión de Corpus Christi, la entrada del virrey y la de San Hipólito; esta última consistía en revivir simbólicamente la capitulación de México-Tenochtitlán ante los conquistadores. En solemne procesión se paseaba el estandarte, copia del de Hernán Cortés, en signo de sujeción de la ciudad a la corona, pp. 112 a 114. Relata las controversias y

animosidades que levantó la obra de teatro *México rebelado o México segunda vez conquistado* durante su única presentación en 1790. Como trataba del tormento a Cuauhtémoc, los espectadores, según origen y condición, tomaron partido y la disputa llegó hasta las autoridades, generándose una discusión de carácter histórico-teatral más profunda. Julio Jiménez Rueda, *Historia de la literatura mexicana*, pp. 144 y 145. Agustín Castro, jesuita radicado en Italia después de la expulsión, "intenta un poema épico sobre Hernán Cortés que llama *La Cortesiada* y que no llega a terminar".

³¹ Claudio Esteva y Fabregat, *op. cit.*, pp. 140 y 141.

³² *Ibid.*, p. 140.

³³ Gómez, *op. cit.*, p. 77.

³⁴ Paz, *op. cit.*, capítulo 2, "Ritos políticos", pp. 191 a 198.

³⁵ Gómez, *op. cit.*, p. 6. "...los que hicieron las muertes y el robo: Dos paisanos gachupines y un alférez de milicias de las islas Canarias...".

³⁶ "Dongo (asesinato de)", en Miguel León Portilla (dir.), *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, t. I, p. 926.

³⁷ Salvador Pinoncelly, *Manuel Tolsá, arquitecto y escultor*, p. 117.

³⁸ Gómez, *op. cit.*, p. 38. Gómez anota que hubo una ocasión en que Revillagigedo mandó poner centinelas a las puertas de Catedral para que no dejaran entrar "mujeres de paño de rebozo, ni hombres de capote ni de frazada".

³⁹ Gonzalo Aguirre Beltrán, "Los esclavos domésticos", *El Gallo Ilustrado*, suplemento de *El Día*, enero 1978.

⁴⁰ Doris M. Ladd, *La nobleza mexicana en la época de la Independencia, 1780-1826*, p. 98. Proporciona el nombre de varias familias que tenían negros a su servicio. Señala que: "El marqués de Selvanevada era dueño de tres negros en 1811, una nacida en Nueva Orleans y dos africanos de Guinea".

⁴¹ Lucas Alamán, *Historia de México*, t. I, p. 19, citado en Brading, *op. cit.*, p. 41.

⁴² Silvia Marina Arrom, *Las mujeres de la ciudad de México 1790-1957*, p. 82.

⁴³ Abelardo Carrillo y Gariel, *El traje en la Nueva España*, p. 165. De este estudio se tomaron los datos sobre la vestimenta del siglo XVIII.

⁴⁴ Viqueira, *op. cit.*, p. 227.

⁴⁵ Julio Bracho, *De los gremios al sindicalismo. Genealogía corporativa*, p. 40.

⁴⁶ Bracho, *op. cit.*, p. 40.

Bibliografía

- AGUIRRE BELTRAN, IGNACIO
1978 "Los esclavos domésticos", *El Gallo Ilustrado*, Suplemento de *El Día*, México.
- ALVAREZ, ROGELIO (coord.)
1966 *Enciclopedia de México*, México, Instituto de la Enciclopedia de México, 12 vols.
- ARROM, SILVIA MARINA
1988 *Las mujeres de la ciudad de México, 1790-1857*, México, Siglo XXI Editores, S.A.
- BOZAL, VALERIANO
1987 *Mimesis: las imágenes y las cosas*, Madrid, Ediciones Antonio Machado, (Visor, La Balsa de la Medusa).
- BRACHO, JULIO
1990 *De los gremios al sindicalismo. Genealogía corporativa*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Sociales.
- BRADING, D.A.
1985 *Miñeros y comerciantes en el México Borbónico (1763-1810)*, México, Fondo de Cultura Económica.
- CARRILLO y GABRIEL, ABELARDO
1959 *El traje en la Nueva España*, México, INAH, Dirección de Monumentos Coloniales.
- CASTRO GUTIERREZ, FELIPE
1986 *La extinción de la artesanía gremial*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, (Serie Historia Novohispana, 35).
- DIEZ BORQUE, JOSE MARIA (comp.)
1986 *Teatro y fiesta en el Barroco*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- ESTEVA FABREGAT, CLAUDIO
1986 "Dramatización y ritual de la fiesta en Hispanoamérica", en *Teatro y fiesta en el Barroco*, Barcelona, Ediciones del Serbal.
- FRANCASTEL, PIERRE
1987 "La estética de las Luces", en *Arte, arquitectura y estética en el siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Akal, S.A.
- GOMEZ, JOSE
1986 *Diario curioso y cuaderno de las cosas memorables en México durante el gobierno de Revillagigedo (1789-1794)*, Ignacio González Polo (versión paleográfica, introducción, notas y bibliografía), México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Biblioteca Nacional, Hemeroteca Nacional.
- HAZARD, PAUL
1958 *El pensamiento europeo en el siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Guadarrama.
- JIMENEZ RUEDA, JULIO
1957 *Historia de la literatura mexicana*, México, Ediciones Botas.
- KATZMAN, ISRAEL
1973 *Arquitectura del siglo XIX en México*, México, UNAM, Centro de Investigaciones Arquitectónicas, t. I.
- KICZA, JOHN E.
1986 *Empresarios coloniales. Familias y negocios en la ciudad de México durante los Borbones*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LADD, DORIS M.
1984 *La nobleza mexicana en la época de la Independencia 1780-1826*, México, FCE.
- LEON PORTILLA, MIGUEL (dir.)
1986 *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*, México, Editorial Porrúa, (quinta edición), 3 vols.
- LOMBARDO DE RUIZ, SONIA
1982 "Las Reformas Borbónicas y su influencia en el arte de la Nueva España", *Historia del arte mexicano*, México, Editorial Seix Barral, S.A., (Biblioteca Breve).
- PINOCELLY, SALVADOR
1969 *Manuel Tolsá. Arquitecto y escultor*, México, SEP, Subdirección de Asuntos Culturales, (Cuadernos de Lectura Popular. Serie: "El Hombre en la Historia").
- SARRAILH, JEAN
1981 *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, (primera edición en francés: 1954).
- TANCK DE ESTRADA, DOROTHY
1985 *La Ilustración y la educación en la Nueva España*, México, Ediciones El Caballito.
- TAYLOR, WILLIAM B.
1987 *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, México, FCE.
- TOVAR Y DE TERESA, GUILLERMO
1988-1989 "Arquitectura efímera y fiestas reales. La Jura de Carlos IV en la ciudad de México 1789", en *Artes de México*, Nueva Época, (núm. 1).
- URIBE, ELOISA
1990 *Tolsá hombre de la Ilustración*, México, INBA, Museo Nacional de Arte.
- VIQUEIRA ALBAN, JUAN PEDRO
1987 *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, Fondo de Cultura Económica.



Tianguis en el barrio de la Merced.